

un retablo, en un gigante y rico altar, que se viste de luz y que ofrenda todo esto a una imagen de Nuestra Señora, abatida al pie de la Cruz, donde su hijo ha muerto. Liturgia, aunque no sea ritual, es la aparición de la misma Virgen sobre Granada, en los adarves de la Alhambra y liturgia el afán con que cualquier gitano echa leña a la gigante hoguera, que refleja sus destellos rojos en las carnes del Cristo color de hostia, que sube hacia la Abadía Sacromontana. ¿Cómo podrían lucir tan sólo en el valle del Dauro débiles llamitas de cera? ¿Y qué lumbré podrá ser digno homenaje para la gloria de Aquel, a quien los teólogos llamaron Padre de las Lumbres?

IV

GRANADA ANTE EL CRISTO DE FAVORES

Se os decía el año pasado y ha de repetirse este, porque ninguna ciudad de España y acaso del mundo, puede presentar un ejemplo parejo: la Semana Santa de Granada culmina en la presencia de la ciudad, a las tres de la tarde del Viernes Santo, ante el Cristo de los Favores. ¿Qué hay el Viernes Santo ante ese Cristo? —podría preguntar un forastero—. ¿Una procesión? ¿Un acto litúrgico? Pues no. Ni una procesión, ni un acto litúrgico, aunque en él culminen las procesiones y las solemnidades de estos días santos.

Si se me permite una opinión —mantenida ya con la pluma hace muchos años— yo pediría que el acto de presencia impresionante de Granada ante el Cristo de los Favores no se adicionase, ni se adornase, ni se pretendiese completar, con nada. Todo lo que se quiera poner en él, antes o después de la plegaria colectiva, resultará —por contraste— insuficiente y hasta ramplón. Las gentes se van, porque todo terminó con el rezo de los tres credos y la formulación de las tres peticiones, que son su piadoso aliciente. A pesar de su distinto significado, yo me atrevería a comparar la plegaria colectiva de Granada, la tarde del Viernes Santo, ante el Cristo de los Favores, con aquella presencia entusiasta de la multitud, en torno al Cristo vivo, el domingo de Ramos, evocada entre nosotros por el cortejo de la Entrada de Jesús en Jerusalén. El domingo de Ramos fué en la vida de Cristo, una apoteosis triunfal. El Viernes Santo es la jornada del dolor, del desaliento, de la aparente derrota y de la fuga de los Apóstoles. En la mente de los discípulos aquel domingo de Ramos en Jerusalén fué la gran ocasión, —según ellos

perdida— para coronar a Cristo, como Rey de Israel. A los ojos de los mismos discípulos, el Viernes Santo es la fecha de la derrota, de la esperanza truncada y de la dispersión.

MULTITUD SIN DIRECTORES, NI OFICIANTES

Pero hay un factor común en ambas jornadas y es la presencia de la multitud, en torno a Cristo, sin directores, sin oficiantes, sin sacerdotes, sin una organización prevista, sin anuncios y sin ordenanzas. Cristo no ha llamado a nadie; va en su borriquilla hacia la ciudad y el pueblo acude, con asombrosa espontaneidad, como un río que rompe su cauce de todos los días, o como un gas a presión que quiebra su recipiente. Cristo no ha convocado a nadie, pero vienen todos, con tal ímpetu, que el Salvador mismo puede volver a decir que si ellos no le aclamasen, le aclamarían las piedras.

El Viernes Santo de Granada, la ciudad entera acude, sin llamamientos, sin convocatorias, sin oficiantes, sin directores, pudiéramos decir que sin pies ni cabeza, con un sentido de auténtica multitud, de masa, de río que se desborda, o de gas que se expande, para hacer acto de presente, frente a Cristo Crucificado.

Tiene este acto un sentido más hondo, más trascendente, del que pudiera vérselo en la eterna apariencia. Pensando a lo humano, podemos imaginar que, en su trono de gloria, donde reina sobre los siglos, acaso no haya acto alguno, de los que el mundo católico celebra en la Semana Santa, que sea más grato a los ojos de Cristo, Dios y Hombre, que la presencia granadina, a las tres de la tarde del Viernes en el Campo del Príncipe. Porque ello parece divinamente discurrido, para ofrendar una compensación entrañable, que trata de desagraviar al Crucificado y compensarlo de la soledad y el abandono que sufrió, en tal día como este, cuando pendía de la Cruz, en Jerusalén.

GRANADA ACOMPAÑA A CRISTO ABANDONADO

Aquel Viernes histórico, Cristo estuvo solo. No ya la muchedumbre, que pocos días antes le había aclamado, sino hasta los discípulos que parecían más fieles, le abandonaron. Uno de los doce le vendió, otro le negó. Aquellos hombres, que al salir de Galilea vencían sus negros presagios y al no poder disuadir a su Maestro del viaje, gritaban: “¡Vayamos a Jerusalén y muramos con El!”, han perdido su entusiasmo, e incluso han visto decaer el valor que movió el rudo brazo de Pedro, para esgrimir la espada, en el Huerto de Getsemaní. Sólo uno de los doce, Juan —que no era un mancebito tímido, como lo representan los pintores, sino un recio pescador

impetuoso, a quien el Señor llamaba "Hijo del Trueno" como a su hermano Santiago... estaba junto a la Madre dolorosa y a unas pocas mujeres, en el Calvario. A la madre y a las mujeres fieles las protegía su condición femenina. El respeto ajeno al dolor de ellas, protegía a Juan. Eran un núcleo minúsculo y doloroso, apenas perceptible, entre la chusma, contenida por los soldados. Prácticamente, Cristo estaba solo, estaba abandonado de los suyos, era el Varón de los dolores predicho por Isaías y por eso pudo comenzar a recitar desde la Cruz, el salmo profético de David, que comienza con estas palabras: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Y hay una ciudad en el mundo, que quiere compensar a Cristo de este abandono, en el mismo día y a la misma hora, en que se recuerda su soledad, cuando las iglesias se desnudan de ornamentos, cuando se derriban los candelabros en los altares, cuando los templos se cierran y se consumen las especies sacramentales. ¡Precisamente en el momento de suprema tristeza y supremo abandono del Salvador, en el Calvario! Granada quiere acompañarle, quiere hacerle olvidar la amarga soledad de su pasión, quiere estar a su lado, sin chirimías y sin banderas, sin aparato externo de cirios, o de atavios penitenciales. En la fecha en que Cristo estuvo solo, en la hora en que no tenía ni donde reclinar la cabeza, en el supremo instante de su tránsito, en el de su aparente derrota, en el de su máximo abandono, hay una ciudad del mundo que quiere estar con Cristo, que quiere compensarle de su hora más amarga. Y que le compensa, sin aparato exterior alguno, con el sencillo rezo de tres credos, que se dicen puntualmente, cuando un clarín da la señal. ¡Miles de credos, que vuelan hacia la Imagen de piedra y hacia Aquel que está vestido de gloria, en la Eterna Luz! Y que parece clamar diciendo:

—Señor: Estás solo en Jerusalén. Los tuyos te abandonaron; los que te aclamaron antes, hoy te cubren de injurias, los que te siguieron fielmente, hoy buscan el cobijo oculto. Granada viene a tí, en esta hora. Y te acompaña, cuando nadie lo hace, al pie de tu Cruz, en la hora de tu mayor soledad. Granada está a tus pies, repletiendo, no una oración cualquiera, sino aquella que es llamada símbolo de la Fe. Cuando la fe de todos flaquea, la nuestra vive. Cuando tus discípulos huyen o desconfían de tus promesas, nosotros creemos. La crucifixión es la hora de la Fe, más que de ninguna otra virtud. Acaso, en el Golgotha, es María el único ser, que al verte expirar no pierde le fe íntegra y plena que puso en ti. Y ahora, somos ya, María y Granada. La Madre y un fervoroso puñado de hijos. Y no es solamente Juan, el discípulo amado, quien te compensa de la soledad y del abandono. Juan y Granada, que está aquí en el Campo del Príncipe, y que sin que nadie la haya convocado, sin ningún requerimiento especial, viene a fundir una suma de fer-

vores individuales, en este acto de fe colectivo, que se encauza por las categóricas palabras del Credo, esas palabras que son como espadas y no dejan entre sí resquicio para una sola confusión. (Gran ovación).

«HACIENDO COMPANIA» A JESUS

Granada lo afirma todo, lo dice todo, en los tres credos rezados, no antes, ni después, sino precisamente en la hora misma en que Cristo aceptó la muerte, para asemejarse más a los hombres y sufrir por ellos el castigo que todos merecieron, aunque El no pudo merecerlo. Los tres credos, engarzados en tres peticiones, porque Aquel que cuelga de tres clavos nos enseñó a importunarle con palabras que no pueden faltarnos: "Pedid y se os dará. Pedid y recibireis..." Y porque, además de pedir, en esa hora Granada hace algo que puede expresarse en una frase sencilla y familiar. Granada va al campo del Príncipe, en la hora de la muerte de Cristo, para "hacerle compañía".

Sobran los aditamentos, las alocuciones, el deseo, bien intencionado, de revestir o adornar de algún modo, el acto del Cristo de los Favores. La muchedumbre no atiende más que a los tres credos, en la hora misma que evoca la muerte de Cristo y luego se va. ¿Qué otra cosa podrá satisfacerla? ¿A qué otra cosa podrá convivársela? ¿Con qué otro aliciente mayor se la podrá retener?

Hacer compañía a Cristo siempre es grato. Los Evangelios nos hablan del fervor de las multitudes, cuando Cristo predicaba, o hacía milagros, o podía pensarse en que iba a ser coronado Rey. Pero los Evangelios dicen de que la multitud se apartó de Cristo, cuando estuvo preso, fué objeto de burlas, de agravios y de penitencia. Cuando era como un despojo de carne herida, que presentía la muerte. Cuando no tenía amigos y hubo que echar mano de un campesino, que iba de paso, para que le ayudase a llevar el madero en que iba a ser clavado. Cuando no quedaban a su lado sino su Madre y unas mujeres y un joven pescador, del mar de Galilea. Sólo ellos, entonces. Y ahora, también una ciudad: Granada.

Querámoslo o no, el acto del Campo del Príncipe comienza con el rezo del primer Credo y termina con el tercero de ellos. Remate de él será el Cortejo de Jesús de la Humildad, pero esto ya es cosa distinta y posterior.

El instante de la soledad de Cristo pasó ya y con él la honda significación de esta presencia de una ciudad entera, silenciosa, con las rodillas en tierra y la oración de la fe en los labios, reunida en una gran plaza, en la cual —ni siquiera con simetría urbanística— se eleva un Cristo blanco, tallado de piedra, agonizante.

ORACION Y SILENCIO EN LA MUCHEDUMBRE

Aún mirando tan sólo al hábito externo del acto, no hay pluma capaz de describirlo. El Campo del Príncipe es un lugar excéntrico, de barriada, con accesos difíciles, con pobre urbanización y suelo desigual. Ni siquiera tiene, desde todos los lugares de la plaza, una buena visibilidad para la Imagen. Nada de esto es necesario para que esa muchedumbre, que cree en el Crucificado, venga a confesar su fe, al evocar la hora más triste, de la Pasión.

Todos los años vemos llegar a esta muchedumbre, en pocos minutos. Muchos han anticipado la hora de su comida, para llegar a tiempo, en un día en que no hay transportes comunitarios, ni marchan los vehículos particulares por las calles. La heterogeneidad de los que acuden no puede describirse. Van el gitano que se guarece en un covarrón y la chica estilizada y ágil; el estudiante de aire deportivo y la viejecita encogida y humilde. El trabajador y el maestrante; la portera y el aristócrata; el pobre y el rico y también el bueno y el malo, el publicano y el cristiano fiel y hasta el fariseo, que también puede oír la oculta llamada, que Dios hace a la ciudad en esta hora. En torno a la Imagen de piedra, se va agrandando, por minutos, el grupo de los que llegan, que pronto es una masa oscura, que llena la plaza. Cuando parece que el Campo está colmado, las bocacalles siguen volcando en él un caudal de gente, tan grande como lo consiente su propia capacidad. La muchedumbre se aprieta y emplazada frente al Cristo, parece fundida en una pieza y es como un ejército silencioso, que aguarda su hora.

A las tres en punto, suena el clarín. Segundos antes, la multitud ha comenzado a arrodillarse y al oír la señal, miles y miles de granadinos inician su rezo en silencio.

¡En silencio! Ninguno de vosotros sabe como es ese silencio apretado y sublime, que se abate sobre la plaza, mientras que Granada reza los tres Credos! Ninguno lo sabeis, aunque habeis estado allí, acaso todos los años de vuestra vida. Ninguno lo sabeis, porque no quedó en vuestra atención hueco para percibirlo, porque vuestra mente estaba prendida en el rezo y en la petición de las tres gracias y ninguno hubiera cambiado esto, por ir a la caza de emociones estéticas. Oídmelo a mí, que el primer año en que era todavía forastero en Granada, cuando concurrí el Viernes Santo, a las tres de la tarde, al Campo del Principe, no recé los tres Credos, porque —estupefacto y asombrado— no quedó en mi asombro de espectador voluntad bastante para hacerlo. Yo percibí ese silencio que no se puede describir, abatido sobre las cabezas inclinadas de la multitud orante. En contraste con él, se oye más lejos, el rumor de los

que llegan tarde, de los que pugnan por apresurarse y no pueden hacerlo, porque las callejuelas atoradas no permiten ya más devotos. Rumor lejano de los que se afanan por llegar y silencio asombroso en los miles y miles de orantes. Y esto durante un minuto, que para el que reza es como si no existiese y para el que solamente observa, pasa como un tiempo largo, y macizo. Al que observa, le corren escalofríos de emoción, le asoman las lágrimas a los ojos, le parece que vá a asistir a aquel instante en que el velo del Templo se rasgó y se nubló el sol y tronaron los cielos y tembló la tierra, y muchos muertos salieron de sus sepulcros.

Pero esta angustiosa sensación se desenlaza en que las gentes se santiguan y comienzan a ponerse en pie y los hombres se cubren. Algunos prosiguen su rezo, mientras que otros buscan camino para regresar... Hay quienes llegan y oran con retraso. La muchedumbre pierde aquella maravillosa unidad de alma y de palabra, que tenía tan solo unos minutos antes. Y la inmensa plaza se va quedando vacía. Yo lo advertí todo, lo percibí todo, una vez tan solo. Porque al año siguiente, ya no era un forastero en Granada y ya no fui a la gran plaza a ver, ni a oír, sino a rezar los tres credos, abstraído de todo lo que no fuese orar evocando la muerte de Cristo. Supongo que siempre habrá sido como aquella primera vez. Pero lo que interesa de un fruto es su pulpa y no su cáscara. Al acto de piedad y de fe que da Granada el Viernes Santo, ante el Cristo de los Favores, no se va a contemplar la muchedumbre, ni a ponderar su compostura exterior, ni a percibir el silencio próximo, ni los clamores lejanos, ni la apariencia abrumadora de los miles de seres puestos de hinojos. La entraña de esta solemnidad es la que ya dije. Granada ofrece a Cristo, en tal día como ese, una compensación por la soledad que Cristo padeció en el Calvario. El acto es un sencillo "aquí estamos", sin jactancia, ni pretensión alguna, como el de María, como el de que piadosas acompañantes, o el de Juan. Cristo muere y están con él, para que no sea absoluta su soledad, María y Granada, las santas mujeres y Granada. Juan y Granada. Ellos en el Calvario, donde Cristo agoniza. Granada, frente al Cristo de los Favores, en apretada masa, que se encierra en el gigante cuadrilátero del Campo del Príncipe. (Prolongados aplausos).

NI PAISAJE, NI ARTE, NI RIQUEZA

Por eso, la Semana Santa de Granada, rica en perspectivas de paisajes, pródiga en fervores, henchida de prodigios de arte, en sus maravillosas imágenes, solamente en su liturgia, vestida de juegos de luz, de esplendores externos y de solemnidades procesionales, culmina en un acto en que falta todo eso, porque ni encierra perspectivas de paisaje, ni juegos de luz, ni frutos del genio de los

imagineros, ni cortejos, ni ritos, ni liturgia. Pero ningún acto hay "tan de Semana Santa" como este. Nada tan delicado, ni tan entrañable, como este afán de los granadinos, mostrándose, en acto colectivo de presencia, para acompañar a Cristo en su soledad. Cuando Cristo muere.

V

AMANECER DEL ALBAYCÍN

Desde la cumbre del Mulhacén yo he visto alzarse el sol, como un globo de fuego, surgiendo de las aguas azules del Mediterráneo, y también le he visto nacer, con el día, mientras una procesión que no veo anunciada este año en el programa, sube por las duras cuestas del Cerro de San Miguel, mientras las estrellas, que asistieron al paso del cortejo, van palideciendo por el oriente, y el cortejo inicia la dura cuesta del Cerro tachonada de pencas y covarrones. Del oriente nos vino la Fe. Del oriente nos viene, cada día, la luz. Con las luces del día, el paisaje de Granada se va agrandando. Parpadean las estrellas, al despedirse, como si fuesen el reflejo de las luces, todavía encendidas, de la ciudad y del Albaycín, que vistos desde allí son una cosa y a la vez cosa distinta. Estamos más altos que las torres de la Alhambra y vemos que las cumbres de la Sierra —de la inmensa Sierra cubierta de nieve— se tiñen de rojo y luego se visten de oro. Todavía hay tinieblas en la Vega, porque la noche se refugia en ella, cuando la luz la ahuyenta de las alturas. Redoblan los tambores. Se fatigan los cofrades de las andas, en la dura cuesta. La luz del día riñe y gana su batalla diaria y va borrando las estrellas del cielo. En los cármenes del barrio de San Luis ya hay rosas y lirios y frutales en flor y jazmines y por las callejuelas corre la gente, para ver dos veces la procesión. De las cuevas salen sus moradores. El reflejo de oro que destellaba en la Sierra llega, por fin, a las torres de la Alhambra. Todavía no luce el día claro en la Vega y ya las dos torres gemelas de la Alcazaba destellan por su muro de poniente, como una aérea joya bruñida. Y enseguida llegan los rayos del sol a la ermitilla del Santo y entonces parecen de plata las corazas de los soldados romanos, que jadean, por la cuesta arriba. Y ya se ve la maravilla, la bendición de Dios, del paisaje inmenso, que va desde las montañas blancas de Sierra Nevada, hasta las montañas azules de Alhama, o de Loja y deja ver la maravilla del caserío de Granada y del Albaycín a nuestros pies, derrumbándose hacia la Vega, en la que los tonos verdes de la primavera esmaltados de pueblecitos blancos triunfan y se extienden

vayan anudando cada año. El hombre pasa. La Escritura nos estremece con la certidumbre de su profecía: "¡El hombre! Sus días como el heno; florece como la flor del campo... El lugar mismo que ocupamos, que es Granada, no nos recordará, algún día. Pero si hemos anudado un eslabón en la sucesión de nuestras Semanas Santas, habrá algo que nos redima del olvido. Y aquel que todo lo sabe y que todo lo paga, hasta un vaso de agua que en su nombre se diere, nos tendrá presentes y sabrá de nosotros más de lo que nosotros mismos sabemos. Sabrá si nuestros trabajos en la Semana Santa fueron ofrendados al turismo, o a la curiosidad banal de otros. Sabrá si nuestras obras se asientan sobre el cimiento del celo por la gloria de Dios.

LA «IGLESIA DEL SILENCIO»

Hoy, en el día del pregón de la Semana Santa de Granada, la Iglesia celebra una jornada de oración, por nuestros hermanos los católicos perseguidos tras el "telón de acero". A un tiempo, evocamos a la "Iglesia del Silencio", de la que podemos decir, como en la epístola de San Policarpo, "que vive como forastera", en los países de dominio rojo, y a esa exaltación religiosa de la Semana Santa granadina, que saca las imágenes de los templos y convierte en templo a la ciudad entera. Separadas por la línea de una frontera, que llamamos de acero, o de bambú, en el mundo coexisten la persecución religiosa y la libertad; los templos abiertos, o cerrados; la posibilidad de orar, incluso en la calle y la amenaza de que una oración pública pueda conducir al campo de concentración, del que acaso no se regrese nunca. En los días santos que se avecinan, hemos de clamar ante el Señor, que también fué perseguido, y no olvidar recordarle a nuestros hermanos perseguidos y pedir por nosotros, y por ellos. Debemos, este año rezarle al Cristo de los Favores un cuarto Credo. Un cuarto Credo por la Iglesia del Silencio por nuestros hermanos, que no pueden imaginar siquiera la segura libertad con que nosotros representamos en nuestras calles las escenas de la Pasión y suspendemos el curso de nuestra vida de trabajo, para contemplarlas. La "Iglesia del Silencio" acumula jornadas de heroismos, de martirio, de abnegación y de sacrificio, en defensa y honra de la Fe. De la misma fe que nosotros celebramos aquí, con nuestros clarines, nuestras saetas y nuestros redobles de tambor, en tanto que otros lo hacen en el silencio y pagan, con su sangre y con su vida, según nos dió ejemplo el mismo Cristo, a quien, todos a una, servimos. (Ovación que dura largo rato.)